



FOTO ANDRÉS ANZOLA

NACIDO EN BOGOTÁ (1953), en el hogar formado por el bumangués Pedro Gómez Valderrama (1923-1992) –autor de una obra fundamental de la región santandereana (*La otra raya del tigre*, 1977)– y Beatriz Vila Londoño, este escritor se graduó como abogado en la Universidad del Rosario con una tesis que tituló *La Estructura Política del Cielo*. Fue embajador extraordinario y plenipotenciario de Colombia en Holanda, delegado por Colombia ante la Corte Permanente de Arbitraje de la Haya y ante la Organización para la Prohibición de la Producción de Armas Químicas. Fue gobernador por Colombia ante el Fondo Común de Productos Básicos y conjuer de las secciones Primera y Quinta del Consejo de Estado. Hizo estudios de filología y letras del ruso en la Universidad para la Amistad de los Pueblos Patricio Lumumba (Moscú), así como de derecho público y derecho administrativo en la Universidad de París. Es individuo del Cuerpo de Regentes de la Universidad de América y miembro correspondiente de la Academia Colombiana de la Lengua. Desde el año 2003 es director de la Casa de Poesía Silva. El siguiente texto, cedido por el autor para esta entrega de la *Revista de Santander*, fue originalmente leído en la Academia Colombiana de la Lengua durante la sesión pública en la que fue recibido como miembro correspondiente.

“Decir bien es, a la vez, pensar bien y sentir bien.”

George Louis Leclerc en su discurso de ingreso a la Academia Francesa

Para Roberto Posada

I

Hay noticia de un *Tratado de alas* conforme al cual los hombres aprendieron a pensar viendo a los pájaros volar. Una breve línea –“entonces los bosques eran duques y sus joyas eran ciervos”– permite conjeturar su antigüedad.

“La primera palabra del hombre, igual que un pájaro joven e inexperto, –dice uno de los fragmentos que de su introducción se conservan– apenas alcanzó algo cercano. Fue, sin duda, un vuelo pero no logró más que la distancia de un gran salto.

Después otras palabras volaron hacia el firmamento como pájaros de luz.”

Más tarde los hombres aprendieron a usar las palabras con las mismas artes de la cetrería para cazar las cosas y los pensamientos.

“Busca el vuelo más antiguo en la mirada” indica la redentora inscripción en el dintel del templo Imarán erigido en la cima de la colina Nara, la mayor altura en Alcora, sin que haya más noticia de tales lugares que la mención que allí se hace.



La Victoria de Samotracia

Luego el texto figura que las formas de las letras corresponden a las que describe el vuelo de los pájaros, a sus grandes círculos, a sus retornos, a sus travesías.

“Las alas revisten las más diversa formas”, declara para luego abordar los vastos pormenores de su morfología. “Pueden ser retratos o recuerdos porque estos sobrevuelan los tiempos. Los recuerdos son entre las alas las más frágiles porque su alcance está limitado a la vida de sus portadores. También son alas las palabras porque portan noticia entre los tiempos.

“Los libros abiertos –prosigue– son poderosas alas.” Luego afirma: “las ruedas son una forma precaria de las alas dado su limitado alcance”.

“Tal es su diversidad que jamás podría intentarse una enumeración taxativa.”

“El mundo es, apenas, una provincia del tiempo. La víspera inmediata es más remota que el último confín. Solo las alas permiten abordar esas distancias colosales. Todo es alado porque flota en el tiempo.”

II

Algunos fragmentos se conservan de su primera parte que era una *Gramática para Ángeles* conforme a la cual “el adecuado acento interior es indispensable para pronunciar o escribir con acierto toda cosa. Solo al abarcar su precisa forma y tamaño se la puede pronunciar atinadamente. La más docta dicción comprende además del origen y destino de lo nombrado, todas sus posibilidades, tanto las desvanecidas como las que no se realizaran. Ello, por su dificultad, solo es dable a los ángeles más letrados. El asunto —completa— no está en que las cosas se oigan en el espacio, sino en el tiempo.”

“No son las palabras sino las cosas lo que debe pronunciarse”, afirma. “Las verdaderas sílabas de las cosas son sus atributos. Las palabras, a fin de cuentas, no son más

que líneas al oído de vagos mapas para orientarse en el laberinto del tiempo.”

“La imperfecta pronunciación interior impide que las cosas se oigan en el tiempo: mal pronunciadas van a romperse de olvido en las letras del alfabeto. El olvido es más duro que la piedra. El asunto –advierte con sobriedad– es ajeno al énfasis, no a la exactitud.”

“Al coincidir con las que les sirven de modelo –afirmaba– las cosas dichas tienen una permanencia imperecedera y pueden ser consultadas en el aire, en todo momento y en todas partes.”

“El espacio es la puerta de entrada a los laberintos del tiempo”, dice lo que parece ser una inscripción en el dintel del texto. “Los recintos –precisa– figuran y repiten los inasibles espacios de la memoria. El presente no es más que la memoria al alcance de la mano. La memoria es la verdadera casa”.

“Todo lo que es tiene un rumor. Los recuerdos son el eco de las cosas en el tiempo. El verdadero sonido de las cosas solo puede oírse en los remotos y próximos espacios de la memoria.”

“El más frecuente error de dicción, anota, consiste en pronunciar las cosas sin referencia al universo. Si antes de obrar los hombres recordaran el firmamento todos sus actos tendrían grandeza. Una tarde –relata el único fragmento en primera persona– oí a un hombre tocar el violín como si no existieran estrellas.”

La dificultad para la pronunciación interior de ciertas cosas es, por su tamaño, enorme. Articularlas con la precisión de todos sus matices requiere el difícil equilibrio de una fuerza colosal y una extrema, lúcida sensibilidad.

“Algunas cosas solo pueden ser pronunciadas al cabo de cierto tiempo, el cual varía según sean. Su pronunciación instantánea conlleva los riesgos que pueden provenir de apresurar las estrellas. En lugar de sílabas se modulan con invisibles actos.”

La célebre línea “no se puede ir a pie de un pensamiento a otro” pertenece al comienzo del capítulo dedicado a los actos invisibles. “El presente no cesa de desvanecerse”, prosigue. “El territorio del pensamiento son los tiempos, solo las alas permiten recorrerlo.”

“Es indescifrable si un hombre solo, sentado en una poltrona, medita, recuerda, imagina, observa, espera, divaga o conjetura.”

“Los actos se dividen entre los que pueden verse y los invisibles. La naturaleza del territorio gobierna los movimientos. Quien piensa se mueve, busca desde donde divisar y verá según la altura o distancia que alcance; quien imagina viaja a regiones sin lugar, a sus inciertas vísperas o más allá de sus postrimerías: puede imaginarse en todas las direcciones y tiempos; quien recuerda se ausenta; quien sueña se sumerge o vuela en profundidades o alturas insospechadas, viaja a recuerdos desconocidos. Todos ellos escrutan rumbos para llegar a otras regiones del tiempo. Sus actos son invisibles.

En ciertos casos, precisa, la única cercanía es la remota altura porque solo desde ella puede divisarse la trama de las cosas. Ninguna cercanía hay mayor que entender.”

El siguiente fragmento dice: “Subió unas palabras más (como a un promontorio) para divisar desde allí...”, sin que pueda averiguarse si lo divisado es una región del tiempo o la lontananza.”

“Las palabras son lugares, –comenta luego– desde ellas se divisa. Una palabra equivocada puede desviar el curso entero de los acontecimientos, igual que alguien aborda el sendero equivocado en un camino que se bifurca. Ello no podría ser así si las palabras no fueran lugares.

Los espacios detrás de los ojos son enormes. Las regiones invisibles son inmensas, entender es la única manera de transitarlas. Hay mapas sin tierra.

El recuerdo de una carabela tiene

su mismo tamaño. Hay mares detrás de los ojos. Si ello no fuera así, los barcos encallarían al llegar a los recuerdos y la memoria sería el sepulcro de todas las cosas.”

Sigue la inquietante referencia a un glosario de términos cartográficos conforme al cual pensar, imaginar, recordar y soñar son, todos, modos de ver y que era el preludeo de una cartografía de los espejos y de una colección de mapas para orientarse en los sueños.

Indiferentes al sueño, a la imaginación, a la memoria, al pensamiento, las cosas permanecen idénticas. Ni siquiera los sueños las transfiguran, tan solo revelan otros aspectos de su naturaleza. Los sueños son espejos. Ver es una manera de viajar. Los espejos son un modo de los viajes.

Los mares son inestables pliegos. Todo se mueve. Ello explica el vértigo que suscita la quietud. Los hombres se mueven buscando reposo. Por ello salen de sus casas.

III

“La dicción de *Universo* debe comenzar con una esfera cuyo centro está en la incesante víspera de alcanzarse. Muchos (...) se han consumido pronunciando la palabra”. Es incierto si el texto se refiere a hombres, a ángeles o a dioses.

“La exacta pronunciación interior de *Tierra* está a una distancia que solo puede medirse por la variedad de verdes, de hombres, de tiempos, de pájaros, de granos de trigo...”

“Con todo –completa– las cosas también pueden pronunciarse tácitamente por la conjunción de todos sus elementos. Así, *Tierra* puede articularse por las encrucijadas entre los teatros y los ciervos; la tinta y los osos; los teatros y los barcos; las mariposas y los cocodrilos; los barcos y los pájaros; la luna y las hormigas, y... El renovado asombro demora su pronunciación.”

“También viaja quien imagina. La imaginación es un instrumento de navegación, semejante a un astrolabio que no solo abarca las estrellas y los planetas sino todas las cosas para orientarse en el tiempo. Nada es ajeno a la imaginación, ni siquiera los sentimientos.”

Luego advierte: “Nada puede pronunciarse de memoria. Es la visión misma y no el recuerdo lo que confiere el aliento para pronunciar certeramente las cosas. Los recuerdos son mapas que permiten regresar a lo que ocurrió. Solo que hay recuerdos inexactos, advierte: ocurren cuando el observador está distraído.”

“Quien recuerda viaja, solo que los recuerdos son apenas mapas para regresar”, repite el texto, no se sabe si por inadvertencia o para desafiar al ángel lector. “También viaja quien imagina. La imaginación es un instrumento de navegación, semejante a un astrolabio que no solo abarca las estrellas y los planetas sino todas las cosas para orientarse en el tiempo. Nada es ajeno a la imaginación, ni siquiera los sentimientos.”

“Los ciervos, los pájaros y todas las cosas pueden divisarse desde el horizonte o desde la memoria. Los recuerdos –acota– son catalejos: sirven para divisar las cosas en el más vasto horizonte del tiempo. Los recuerdos son sílabas de un indefinido y cambiante alfabeto. Las palabras son antorchas, pinturas al oído.”

IV

Luego el texto se remite a un diccionario ajeno a todos los alfabetos, y que era el mismo en todos los idiomas, en el cual las

palabras se ordenaban por el tamaño de las cosas nombradas, y cuyas primeras y más arduas voces eran *universo* y *uno*, seguidas por *vacío* y *cero*.

“El uno es inmenso, es inabarcable” afirma con unción. “Porque cada cosa es única, el uno las comprende todas. De ahí que sea el número que corresponde al universo. El numeroso cero es colosal porque indica la plural falta irreparable de cada una de esas cosas únicas.”

Para dilucidar la cuestión de si *máscara* es mayor que *tintero*, y establecer el orden correspondiente, dice: “Teniendo en cuenta la variedad de cosas que pueden representar, las máscaras son inmensas, y, dado que el tintero puede estar vacío, es más grande máscara que tintero, por tanto, debe precederlo”. Con todo, tinta es mayor que *tintero* y que *máscara* por cuanto sirve para dibujarlos y para escribir las palabras con que se nombran. Las posibilidades que hay en un frasco de tinta no han sido calculadas.

En un frasco de tinta están: “los caballos marinos, las antorchas, el tintero y la tinta que sirven para escribirlos o dibujarlos...” Prosigue una muy larga enumeración sin que se sepa de nadie que haya comprobado la efectiva inclusión de todas las cosas. “Su averiguación, es, con todo, dable consultando el mundo.”

El orden es, por tanto, *tinta*, *máscara*, *tintero*.

V

Algunos apartes se conservan sobre la cuestión relativa al tamaño que rige la precedencia entre *hombre* y *papel*.

“Conforme a una tradición inmemorial el universo surgió de la división entre el papel y la tinta. Por ello las cosas se dividen entre las que corresponden al papel y las que corresponden a la tinta. El espacio es el papel más antiguo, el tiempo la primera tinta”, afirma sin confines.

“Nada hay más semejante al universo que una hoja en blanco, de ahí la perplejidad que suscita. Nada hay distinto que pueda representar con exactitud a la divinidad.

Todo consta en el universo, basta consultarlo: los cielos errantes, los volubles mares y los dubitativos hombres son cambiantes documentos. Basta ver a los hombres para saber que en el cielo hay tempestades y calmas nómadas.

El universo es un dios profano. La tinta, ese otro nombre del tiempo, es su relato.

Igual que el universo, el papel en blanco es insondable. Abarca aun las cosas antes de su nombre. Las cosas más allá de las conocidas lo inquietan.

Todo lo que es en el universo, puede figurarse en el papel. No sabemos de nada que no pueda ser nombrado. Nada podemos concebir de lo que no se pueda dar cuenta en una hoja en blanco. Solo que no alcanzamos a figurar todas las cosas.

Ser y nombrar se equivalen. El error surge del desequilibrio entre ambos.

Todos los actos combaten el espacio. Quien llega o recuerda ha vencido distancias. Los actos son distintos por las faltas que declaran; cada uno atestigua la imperfección que busca suplir.

El universo entero rodea lo que se nombra. Así pesa el papel sobre la tinta.

Todo lo que es tiene un rumor. El leve rumor de la pluma sobre el papel es feroz. Siega las innumerables posibilidades que se descartan.

El papel en blanco tiene la misma verdad del universo. Desafía y por ello libera. El papel carece de voluntad, la voluntad está en la tinta.

Semejantes al universo, los hombres son en algo papel, y en algo tinta. Al obrar son tinta, al percibir son papel.

Acorde con ello, todo lugar es, a la vez, un escritorio y una biblioteca y los di-



versos actos son, todos, maneras distintas de leer o escribir.”

VI

“El papel –dilucida– igual que los espejos, es natural o artificial. Sus variedades son innumerables: la arcilla fresca, todos los lugares, la arena, la piedra, la madera, los metales, el pergamino, el vidrio, el papiro, el papel de arroz, el de seda”, indica un apurado inventario, cuyas copiosas y protuberantes omisiones, como la de las hojas de las espadas y las paredes de las celdas, salva al compendiar: “Todo lo que tiene una forma está escrito, luego es papel.”

Acabada la enumeración, se refiere a los hombres. “Ellos mismos son papel, razona, porque tienen memoria y porque ignoran su gobierno ya que son incapaces de olvidar a voluntad”. Y acota “los hombres se

confunden con su memoria, y son distintos entre sí por sus recuerdos.”

El papel es la memoria; escrito es un recuerdo.

VII

“También las variedades de la tinta son plurales: los actos porque quedan en su huella, las voces porque son sonoras tintas, los hechos porque marcan...” consta al comienzo de una indefinida enumeración.

“Toda forma es el rastro de un movimiento, de ahí su capacidad para suscitar. Las formas portan noticia, son emisarios. Todo viene de otra región del tiempo.

Todo lo que se mueve es un relato, da cuenta del tiempo. Todo lo que deja huella es tinta.”

“El tiempo es tinta —precisa— porque al avanzar deja su traza indeleble. Solo porque la tinta transcurre pueden acontecer las cosas en los libros”, prueba.

“La tinta entre la tinta figura las vísperas: como el tiempo es insondable.

Lleno, un tintero es la imagen del tiempo por venir. Vacío representa la muerte. La tinta seca figura lo trunco. Igual que el tiempo, la tinta es sagrada. De ahí la costumbre de bendecir con un frasco de tinta y la de maldecir con tinta agrietada.”

VIII

“Todo acto es una escritura imborrable. Nada desaparece, tan solo dejamos de verlo. Las precisas rutas de los barcos que atraviesan el mar quedan escritas en el tiempo. Todo es indeleble porque el tiempo es tinta. No vemos las estrellas, extintas desde hace milenios, sino su luz que viaja todavía. El tiempo es imperecedero. Lo que ha ocurrido no cesará de ocurrir, por ello es necesario obrar en limpio. Raros hombres reconocen

que sus actos son una escritura y entre ellos son pocos quienes redactan sus vidas; en general son más bien amanuenses del dictado de las ciudades o de esa otra forma de las ciudades que son las épocas. También los borradores son una escritura”, advierte.

“La primera huella es la más antigua letra de un alfabeto que aun no ha acabado de descifrarse ni de completarse. Los alfabetos se dividen entre los que se descubren y los que se inventan.”

Luego aborda el detalle de los íntimos escritorios y de las secretas bibliotecas en un estudio sobre la cama en el cual la cópula era examinada como modelo recíproco de lectura y escritura.

Los hombres y las mujeres son entre sí, mutuamente, papel y tinta. Un breve fragmento se conserva: “Un roce es un esbozo; las caricias son pinturas. Elusiva era su dibujo, solo después fue, ella misma, completando la pintura de su rostro desnudo.”

“Los actos son un modo de redactar”, afirma para luego abordar su gramática.

“Los actos son otras palabras. Pueden redactarse en prosa o rimarse. Igual que las palabras pueden pronunciarse con énfasis y acentos distintos.

La diferencia entre hablar y escribir corresponde a la clase de papel que se escoja. El aire es el papel para las voces. El que habla escribe con la voz. Al articular cada palabra escribe todas sus letras en el aire. Quien oye lee en el aire. Las voces son una caligrafía sonora. Sus tonos corresponden a los perfiles de las letras. Hay quienes hablan en limpio.”

IX

“La costumbre inmemorial de confinar las cosas a su sola utilidad extingue civilizaciones.” La intemporalidad de la línea dificulta datar la época del libro. Es indesci-

frable si está escrita en un pasado premonitorio o en un futuro pasado. “La utilidad de las cosas es apenas uno de sus aspectos.”

“El verdadero territorio es el tiempo. Solo el tiempo revela la verdadera naturaleza de las cosas.”

“Todos los instrumentos son especies verbales”, declara perentoriamente y agrega “a veces para comunicarse con los hombres y otras con el mundo.”

“No hay cosas: hay ideas. Entre los elementos las divisibles cantidades son la prueba: así un puñado de harina entre la harina. Entre los objetos la prueba está en que pueden multiplicarse: así un sextante entre los innumerables sextantes.

La posibilidad de reproducir los objetos y de dividir los elementos indica que todas las cosas son parte de una idea porque ni la multiplicación ni la división alteran su naturaleza. Igual los números porque no se agotan al ser nombrados y porque permanecen incólumes a todas las operaciones sin aumentar al repetirse, ni disminuir al dividirse. Incesantemente repetido el uno es el mismo. Todas las cosas son meras representaciones. No hay cosas: hay ideas. Los objetos son ideas tangibles.”

Prosigue un sueño feroz en que el uno al ser nombrado desaparecía, consumido para siempre. Era el sueño de la muerte.

Siguen tres sextantes idénticos y una anotación en la que se leía: “Todos son el mismo sextante distinto. El primero corresponde a la idea imperecedera. El segundo a la obra que la realiza, por lo cual significa el entendimiento y evoca la época. El tercero, a la cosa misma; alude por ello a sus posibilidades de uso y declara sus confines.”

“Las ideas son mayores que los tiempos. Por ello sirven para viajar a través de las regiones del tiempo.

Las ideas definen los tiempos: dan su perfil a los que las llevan a cabo y acechan a los que no las han descubierto o las combaten.

Las épocas son la línea divisoria entre las ideas que se han realizado y las que, aun sin realizar, los inquietan. Toda frontera puede definirse por cualquiera de los dos costados.

Las ideas son los números del universo. Pueden combinarse de innumerables maneras. Por ello son distintas las épocas y las vidas de los hombres.

El entendimiento es una forma del tacto. Los tiempos son tangibles. Las ideas son tangibles: quien entiende toca.”

“Afirmar que los hombres son más grandes que el papel porque sin su fábrica éste no existiría, es un desatino”, previene. Y luego amplía: “Es inconducente para dilucidar el asunto aducir como prueba de superioridad que los hombres utilizan el papel.”

“Lo cierto es que las herramientas acaban moldeando a quien las emplea, y le comunican sus límites. Los hombres se parecen a sus oficios. Las civilizaciones colindan en el tiempo con los confines de sus instrumentos, y en la tierra con las fronteras que alcanzan a defender.

Antes que verdades, las ideas son herramientas. Según sean las herramientas es la obra. Según sean las ideas es la verdad.”

“Los hombres habitan sus obras”, reconoce. “Sin embargo –previene– sus obras pueden destruirlos”. Y luego advierte con ferocidad: “También la destrucción es una obra. A veces la única posible. Toda idea es un descubrimiento. El autor mismo es la creación de su propia obra.”

Al final del capítulo se extiende el alcance de la aseveración con que comienza: “Afirmar que los hombres son más grandes que las cosas que fabrican solo prueba arrogancia. Más arriba de los hombres está el papel. El papel es más grande que los hombres”, concluye.

Hay noticia de que el *Tratado* continúa con una *Gramática del tiempo*, sin embargo se ignora su paradero.

Aquí se interrumpe el texto. ✱